

EJE III FORMACIÓN VICENTINA

TEMA 6 VOCACIÓN VICENTINA

La palabra vocación proviene del latín *vocāre*; que significa llamar. Es la inclinación e interés que siente una persona hacia una forma de vida o un trabajo; es el deseo de emprender una carrera, profesión o cualquier otra actividad cuando todavía no se han adquirido todas las aptitudes o conocimientos necesarios.



En teología, la vocación es una inspiración mediante la cual Dios llama a una persona, para un determinado estado o forma de vida.

Sin negar las motivaciones humanas, en toda auténtica vocación la iniciativa siempre es de Dios; en cuanto es un llamado de Dios, siempre es fiel, tiende a ser definitivo e irrevocable. Sólo Dios puede entrar en la vida del hombre con una voz amorosa y proponerle un destino que afecte y comprometa toda su vida.

La vocación expresa de un modo muy general, un encuentro de dos libertades:

- La absoluta libertad de Dios que llama; y,
- La libertad humana que responde a esa llamada.

VOCACIÓN A LA VIDA

El primer llamado que se nos hace es a “ser reflejo, ser imagen, es decir ser ejemplo: “...Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”. (Gen. 1, 27)

La primera vocación o invitación a cada uno de nosotros es ser imagen y semejanza de Dios, para eso fuimos creados, para que todo el que nos vea, pueda ver el rostro amoroso y bondadoso del creador.

Te has preguntado ¿Qué Dios descubre el otro al verme a mí: un Dios que juzga, que no perdona, ¿que siempre está pendiente de lo que hagamos para condenar? O, por el contrario, ¿ven a través de ti un Dios de perdón, de consuelo, o de amor?

Cuando nacemos, cada uno de nosotros, por humildes que hayan sido nuestros orígenes y las posiciones que ocupemos en la vida, venimos al mundo como parte del Proyecto del Buen Dios en la historia de la Salvación, es decir, ninguna persona aparece en la tierra sin sentido y sin una motivación; para cada uno, el Señor tiene unos planes, nos dota de unas facultades, dándonos a la vez la posibilidad de atenderlas o rechazarlas. Dios, en su infinita bondad respeta la libertad de cada persona pero, a la

vez sueña con que cada uno sea capaz de descubrir, de entregarse a la misión que Él le ha confiado.

VOCACIÓN LAICAL Y VOCACIÓN CRISTIANA

Cuando comprendemos que nuestra vocación es ser amor, vivir el amor y llevar a los demás ese SER de amor... dedicamos nuestra vida a conocerlo para amarlo y hacernos uno con Él para así poder llevarlo a los demás, y ¿de qué otra manera podemos presentar ese Dios de amor sino a través de un profundo conocimiento y vivencia de su Evangelio?

De ese conocimiento de Dios se desprende nuestra vocación cristiana, optamos por vivir nuestra fe dentro de una Iglesia específica y esa vocación la vivimos como laicos *“Hombres de la Iglesia en el corazón del mundo y hombres de mundo en el corazón de la Iglesia”* (Puebla 7160).

Aparecida nos recuerda que todos somos Iglesia, convocados por Cristo para dar testimonio al mundo entero; como bautizados debemos tomar conciencia que el bautismo nos configuró con Cristo: Sacerdote, Profeta y Rey.



Nos reta a sentirnos corresponsables en la edificación de la sociedad según los criterios del Evangelio, con entusiasmo y audacia, en comunión con nuestros pastores. (Aparecida, discurso inaugural de su Santidad Benedicto XVI)

Como podemos ver la vocación laical no se puede desligar de la vocación cristiana, de ese llamado que nos hace Cristo a seguirlo. Ese llamado no depende de nosotros, viene de Dios que nos llama por nuestro nombre, nos llamó desde antes de ser creados: *“Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido; antes de que nacieras, ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones”* (Jeremías 1, 5).

La vocación es personal e intransferible, soy yo como individuo quien la debe cumplir, cada cual la recibe, desde su interior y desde su realidad concreta e histórica, para que aporte su ser único y personal a la vocación común de amar y de cultivar la vida y de construir un mundo más humano.

VOCACIÓN VICENTINA

Como dice Jeremías fuimos consagrados para ser profetas, somos llamados por Dios para llevar su mensaje. Pero la vocación no sólo implica ser profetas; por el bautismo también somos Sacerdotes y Reyes.

Sacerdotes: para hablar a Dios de los hombres, a través de la Oración. Hay que comenzar por hablar a Dios de los hombres, antes que hablar a los hombres de Dios.

Profetas: para hablar a los hombres de Dios por medio del Apostolado y la evangelización.

Reyes: ser Cristos en la tierra, vivir con el amor y la humildad de Jesús, teniendo muy presente que ser Rey es ser servidor.

Los vicentinos sentimos ese llamado a servir a los pobres dentro de una comunidad de fe que ora y actúa unida; como nos invita San Vicente de Paúl: “Servir a los pobres es servir al mismo Jesucristo”.

En esa comunidad de oración y acción, las diferentes Ramas Vicentinas servimos no sólo a los pobres sino también a nuestros hermanos que integran cada ministerio o rama. Servimos al propio Cristo al que intentamos descubrir en cada uno de los hermanos necesitados con los que personalmente nos encontramos.

Esta vocación vicentina tiene unas características específicas:

1. Nuestra vocación nos exige una clara **COMUNIDAD DE FE** y un trabajo en equipo, en el que recibamos y seamos capaces de dar. La vocación vicentina es la vocación de la acción. La espiritualidad de la acción es la organización desde lo individual en comunidad, según el espíritu de Jesucristo y, apta para asumir las situaciones humanas específicas, en la que la experiencia de Dios y su servicio se cumplen con la experiencia y servicio a través de la acción.
2. Nuestra vocación nos lleva a **ENCONTRAR A LOS POBRES**; a identificarlos en su sufrimiento y ser capaces de responder a los retos que nos impone el acompañarlos en la búsqueda de su dignidad. Por ello, es necesario vivir una **formación constante** para hacer frente a las nuevas amenazas.

Una vocación que no se ubique en el contexto de una vivencia de la fe, arriesga convertirse en una especie de metafísica religiosa, en una rueda que “gira en el aire sin hacer marchar el carro”. El hijo de Dios da a la Espiritualidad Vicentina su carácter Cristocéntrico, San Vicente avanza en esta línea de la Encarnación, porque Cristo no solo se hizo hombre, sino que se hizo pobre, porque no solo vino a salvar, sino, vino a salvar especialmente a los desheredados de la Tierra. San Vicente se dedicará a la evangelización espiritual y material de los pobres, su opción por ellos más que preferencial, fue exclusiva.

3. Nuestra vocación nos impone hacerlo personalmente y **EN EL LUGAR DE LOS POBRES**. En aquel sitio en el cual habitan o subsisten, en su lugar habitual. Vicente nos dice sencillamente: “Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea con el sudor de nuestra frente. Pues muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia, y otros semejantes afectos y prácticas interiores de un corazón amante, resultan, sin embargo, muy

sospechosos cuando no se llega a la práctica de un amor efectivo. La Iglesia es como una gran mies que requiere obreros, pero obreros que trabajen. No hay nada tan conforme con el Evangelio como reunir por un lado, luz y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en el retiro, y, por otro lado, ir luego a hacer partícipes a los hombres de ese alimento espiritual, esto es hacer lo que hizo nuestro Señor... esto es lo que tenemos que hacer nosotros y la forma con que hemos de demostrar a Dios que lo amamos: “Lo que tenemos que hacer son obras”. (Vicente de Paúl, Biografía y espiritualidad. Vicente de Dios.CM.)

4. Nuestra vocación nos impone **SENTIR COMO PROPIOS, LOS SUFRIMIENTOS** de aquellos con los que nos encontramos y descubrir que éstos, no son sino la manifestación cercana de un sufrimiento que es universal.

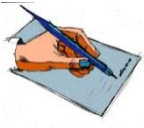
El Papa Juan Pablo II, en su encíclica sobre el dolor humano, “Salvifici doloris”, nos hace una reflexión profunda sobre el buen samaritano: “El samaritano – dice— demostró ser, de verdad, el ‘prójimo’ de aquel infeliz que cayó en manos de los ladrones. ‘Prójimo’ significa también el que cumple el mandamiento del amor al prójimo... No nos es lícito ‘pasar de largo’ con indiferencia, sino que debemos ‘detenernos’ al lado del que sufre. Buen samaritano, en efecto, es todo hombre que se detiene al lado del sufrimiento de otro hombre, cualquiera que sea. Y ese detenerse no significa curiosidad, sino disponibilidad. Ésta es como el abrirse de una cierta disposición interior del corazón, que tiene también su expresión emotiva” (Salv. Dol., n. 28).

5. Nuestra vocación, nos lleva a ser conscientes de nuestra responsabilidad en **LA EXTENSIÓN DEL EVANGELIO ENTRE LOS POBRES**. De ser una de las manifestaciones de la acción amorosa de la Iglesia, para aquellos que, en ocasiones, no tendrán otra visión de la misma que la que reciban por nuestra mediación. Y que esa manifestación sea nuestro compromiso bautismal, como respuesta a la necesidad más apremiante en la Santa Iglesia: el servicio a los pobres. Un servicio a los más pobres, que nos lleve a colaborar y a luchar por contribuir al comienzo del Reino **aquí y ahora**.

6. Nuestra vocación, nos conduce a entregarnos a un **SERVICIO CONTINUO Y RESPONSABLE**, la pertenencia a la Familia Vicentina nos exige compromisos formales, consagración o votos solemnes. Es bueno sentir que lo que contrajimos al llegar a una Rama Vicentina, es un compromiso moral de pertenencia al servicio de los más pobres.

Todo vicentino debe tener siempre presente que nuestra vocación, además, de ser individual, intransferible y desarrollada en la Iglesia, se debe llevar a cabo de acuerdo a nuestras capacidades, cada uno debe tener un conocimiento de sí mismo, para determinar dónde y cómo poder servir mejor.





PREGUNTAS

1. ¿Qué es para ti la vocación?

2. ¿Qué aspectos de tu vida debes fortalecer para optimizar tu vocación Vicentina?

3. ¿Qué “rostro” de Dios descubre el pobre en ti?

4. ¿Qué servicio como vicentino puedes desempeñar con miras a promover la dignidad de la persona, especialmente de los pobres?
